

PARTE I. triunfos de sus armas no habian sido detenidos por un solo reves importante de la fortuna; concluyó asegurando que si los soldados querian cumplir con su deber como leales, podian confiar en que ella cumpliria el suyo proveyéndolos de todos los auxilios y víveres necesarios.

El festivo tono de esta carta produjo un efecto instantáneo, desvaneciendo los escrúpulos de los mas tímidos y confirmando á los demas en su confianza. En particular los soldados, que habian sabido con disgusto alguna cosa de lo que se trató en el consejo, aplaudieron la decision de la reina con general entusiasmo, y parece que en todos no hubo ya mas que un pensamiento, el de agradar á su heróica soberana continuando el sitio con la mayor resolucion.

Tala de los jardines. En su consecuencia se dividió el ejército en dos campamentos: el uno á las órdenes del marqués duque de Cádiz, sostenido por la artillería, y el otro al mando del rey Fernando en la parte opuesta de la ciudad. En medio de los dos se hallaba el jardin ó verjel arriba mencionado, el cual se extendia por espacio de una legua; de modo que para poner en comunicacion las obras de los dos campos fué preciso apoderarse de aquel terreno disputado y cortar los espesos bosques que le cubrian.

Confióse esta trabajosa empresa al comendador de Leon, y á fin de proteger á los operarios se situó un destacamento de siete mil hombres en punto conveniente, para contener las salidas de los sitiados. Aunque se emplearon cuatro mil taladores en la obra, era el bosque tan espeso, y tan furiosas las salidas de los de dentro, que no se adelantaba en el trabajo de devastacion mas de diez pasos al dia, ni llegó á concluirse sino al cabo de siete semanas. Luego que estuvieron arrasados los añosos árboles, que por tanto tiempo fueron ornamento á la par que defensa de la ciudad, se dispuso lo conveniente para poner en comunicacion uno y otro campo, abriéndose al efecto un profundo foso por donde se echaron las aguas que descendian de las montañas, al propio tiempo que se fortificaron sus márgenes con palizadas hechas de los troncos que se acababan de cortar, y juntamente con fuertes torres de tapiería levantadas de trecho en trecho. Así quedó completo el cerco de la ciudad por la parte de la vega <sup>11</sup>.

<sup>11</sup> Cardonne, Hist. d'Afrique et d'Espagne, t. III, p. 304.—Pulgar, Reyes

PERO como todavía quedaban medios de comunicacion por la parte opuesta de la sierra, se dispuso levantar otras defensas no menos fuertes, y compuestas de dos parapetos de piedra separados por un foso profundo, que se extendian así por las enriscadas alturas como por los barrancos de la montaña, y venian á parar á las estremidades de las fortificaciones del llano; y de este modo Baza se halló encerrada dentro de una línea completa de circunvalacion.

Mientras se hacian estas grandes obras, en que por espacio de dos meses se ocuparon diez mil hombres, al mando del infatigable comendador de Leon, hubiera sido fácil al pueblo de Guadix ó al de Granada, si hubiesen querido obrar de concierto con las salidas de los sitiados, poner al ejército español en grande aprieto. Alguna muestra de tal intento dieron los de Guadix, pero su plan quedó desconcertado fácilmente. A la verdad, el Zagal era contenido por el temor de dejar abierto su territorio á los ataques de su rival, si él marchaba contra los cristianos. Pero Abdallah por su parte permanecia ocioso en Granada, atrayéndose el odio y el desprecio de sus súbditos, que le tildaban de cristiano de corazon y de asalariado de los reyes de España. Poco á poco el descontento de aquella gente estalló en rebelion abierta, que fué apagada por él con una severidad que hizo al cabo doblar á todos la cabeza y consentir en un gobierno, bien que degradante, acompañado siquiera de cierta seguridad por algun tiempo <sup>12</sup>.

Hallándose el real delante de Baza se recibió una embajada singular del soldan de Egipto, á quien los moros de Granada habian suplicado que mediase en su favor con los reyes de España. Dos frailes franciscanos, conventuales de una comunidad religiosa de la Palestina, eran los portadores de los despachos, en que quejándose el soldan de los reyes porque perseguian á los moros, se ponía esta conducta en contraposicion con la que aquel observaba con los cristianos, á quienes dispensaba constantemente toda proteccion en sus dominios; y concluia amenazando que usaria contra éstos de las mismas crueldades si no desistían los reyes de su guerra contra Granada.

Católicos, capítulo 109.—Pedro Mártir, t. III, cap. 40.—Mariana Hist. de España, lib. 25, cap. 12.—Pulgar, Reyes Católicos, MS., cap. 92. Católicos, cap. 111.

<sup>12</sup> Conde, Dominacion de los árabes,



PARTE I.

Del campo pasaron los dos embajadores á Jaen, en donde fueron recibidos por la reina con toda la consideracion debida á su carácter religioso, que parece merecia mayor respeto por el lugar donde ejercian su ministerio. Pero el tono amenazador de la carta del soldan no era capaz de quebrantar el propósito de Fernando é Isabel, quienes contestaron que ellos tambien habian observado igual política, tratando á sus súbditos mahometanos lo mismo que á los cristianos; pero que no podian consentir por mas tiempo que sus antiguos y legítimos dominios estuvieran en poder de extranjeros, y que si éstos se conformaban en vivir bajo su imperio como súbditos buenos y leales, serian tratados con la misma bondad paternal con que lo eran los demas de su ley. Con esta contestacion se volvieron los reverendos emisarios á la Tierra Santa, llevando una señal positiva del favor real en una pension de mil ducados anuales que la reina concedió á su convento para siempre, juntamente con un rico velo, bordado por sus propias manos, que les dió para que se pusiera sobre el Santo Sepulcro. Posteriormente enviaron los reyes al ilustrado Pedro Mártir por su embajador á la corte de aquel príncipe musulman, para que declarase mas largamente las razones de su proceder, y procurase evitar cualesquiera consecuencias funestas que amenazasen á los cristianos residentes en aquellos países.

Entre tanto el sitio continuaba con brio, trabándose todos los dias escaramuzas y combates singulares entre los esforzados caballeros de una y otra parte. Pero Fernando hizo cesar estas caballerosas empresas, deseoso de reducir sus operaciones al mero bloqueo, y de evitar que se derramase mas sangre de la necesaria, mayormente cuando la ventaja estaba por lo regular de parte del enemigo, á causa de que sus ardides y táctica eran muy á propósito para semejantes ataques de partidas. Aunque habian trasecurrido ya algunos meses, los sitiados rechazaron con desden todas las insinuaciones que se les hicieron para que se rindieran, fiados en sus recursos y aun mas en la tempestuosa estacion del otoño, que se acercaba, y la cual esperaban que si no llegaba á destruir el campamento entero, por lo menos destruyendo los caminos habria de interceptar á los españoles toda comunicacion con los paises inmediatos.

13 Pulgar, Reyes Católicos, cap. 112.—Ferrerías, Hist. d'Espagne, t. VIII, p. 86.

CAP. XIV.

Para precaverse de estos males inminentes, Fernando mandó levantar mas de mil casas, ó sean cabañas, con paredes de tierra ó tapia y techados de maderos y tejas; al mismo tiempo que los soldados construyeron chozas con palos, cubiertas solamente con ramas de árboles. Quedó concluida toda esta operacion en cuatro dias; y los habitantes de Baza vieron con asombro una ciudad de sólidos edificios con sus calles y plazas, que salia como por encanto de la tierra que antes habia estado cubierta con las frágiles y ligeras tiendas de campaña. La nueva ciudad, merced á la prevision de la reina, se halló bien provista, no solo de los artículos necesarios á la vida, sino tambien de los de comodidad y aun de regalo. A ella iban como á una feria los mercaderes de Aragon, Valencia, Cataluña, y aun de Sicilia, cargados de ricas mercancías, y de joyas y otros géneros de lujo, de aquellos que, segun se lamenta con enfado cierto cronista antiguo, "corrompen muy frecuentemente el ánimo de los guerreros, y producen la estragacion y disipacion en los campamentos."

Pero no dieron tal resultado en el caso presente, segun lo testifican muchos historiadores. Entre ellos Pedro Mártir, el erudito italiano arriba mencionado, que se halló presente en este sitio, elogia con entusiasmo la rigurosa compostura y disciplina militar que por doquiera reinaba en aquella vária reunion de tropas. "¿Quién hubiera podido figurarse, dice, que el gallego, el forzado asturiano y el áspero habitante de los Pirineos, gente acostumbrada á actos de atroz violencia, y á mover riñas y pendencias en su país por el mas ligero motivo, estuvieran juntos con la mayor armonía, no solo entre sí, sino aun con los toledanos, los manchegos y los astutos y celosos andaluces, viviendo todos con la mas uniforme subordinacion como individuos de una misma familia, hablando una misma lengua, y sujetos á una disciplina igual, de tal manera que aquel campamento parecia una comunidad modelada sobre los principios de la república de Platon?" En otra parte de la misma carta, que iba dirigida á un prelado milanés, elogia el hospital de campaña de la reina, que entonces era cosa nueva en la guerra, y el cual, decia, "está tan abundantemente provisto de médicos, asistentes, utensilios y cuanto es necesario para la curacion solaz de los enfermos, que apenas tiene que envidiar en este punto á los magníficos establecimientos de Milan."

14 Bernaldez, Reyes Católicos, MS.—Pedro Mártir, Opus Epist., libro 2.

Se construyen  
casas para el  
ejército.

Buena disci-  
plina del ejér-  
cito.



PARTE I.  
Terrible tem-  
pestad.

En los cinco meses que hasta entonces llevaba de duracion el sitio, habia hecho un tiempo extraordinariamente favorable para los españoles, con una temperatura en su mayor parte benigna é igual, siendo templados los excesivos calores del estío con brisas frescas y moderadas. Pero como ya se adelantaba mucho el otoño, empezaron las nubes á aglomerarse alrededor de los montes; y por último, estalló con increíble furia una de aquellas tempestades anunciadas por la gente de Baza, la cual arrojó por los declives de la sierra un diluvio de aguas, que juntándose con las de la vega inundaron el campamento de los sitiadores y se llevaron la mayor parte de los frágiles edificios que se habian construido para abrigo de los soldados. Y todavía fué mayor calamidad la destruccion de los caminos, que habiéndose llenado de profundos barrancos por la avenida de las aguas, quedaron intransitables. Se interrumpió de consiguiente toda comunicacion con Jaen, y suspendidos por cierto tiempo los convoyes se esparció la consternacion en el campamento. Pero esta desgracia fué bien pronto reparada por la reina, que con una energía siempre proporcionada á las circunstancias, hizo que inmediatamente salieran seis mil trabajadores á componer los caminos: se echaron puentes sobre los rios, se hicieron nuevas calzadas, y se abrieron dos pasos diferentes por los montes, á fin de que los convoyes pudieran ir y venir al ejército sin embarazarse unos á otros. Al mismo tiempo la reina hizo comprar en toda Andalucía inmensas partidas de granos, que fueron reducidos á harina en sus molinos; y cuando los caminos, que se estendian á mas de siete leguas, estuvieron concluidos, se veian catorce mil acémilas atravesando diariamente la tierra, cargadas de víveres, que desde entonces llegaron al campamento en la mayor abundancia y con la mas puntual regularidad<sup>15</sup>.

epist. 73, 80.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 113, 114, 117.—Garibay, Compendio, t. II, p. 667.—Bleda, Crónica, p. 64.

La peste que se hizo sentir extraordinariamente este año en algunas partes de Andalucía, no parece que penetró en el campamento, lo cual atribuye Bleda á la benéfica influencia de los re-

yes de España, "cuya buena fe, religion y virtud desterraron del ejército el contagio que de otro modo hubiera hecho en él mas terribles estragos que en ninguna otra parte." El abrigo y aseo de los soldados pueden quizá considerarse como causa, aunque no tan milagrosa, por lo menos tan eficaz.

15 Pedro Mártir, Opus Epist., lib. 2,

La reina procuró en seguida levantar nuevas tropas para relevar ó reforzar las que se hallaban en el ejército; siendo muy digno de mencionarse el entusiasmo con que todas las clases y todas las provincias del reino correspondian á sus apellidos. Pero su principal cuidado consistia en buscar medios para ocurrir á los enormes gastos que ocasionaban las prolongadas operaciones de aquel año. Al efecto recurrió á préstamos de personas particulares y de corporaciones religiosas, que los dieron sin mucha dificultad, por la confianza que inspiraba á todos su buena fe. Y como la suma que se levantó, aunque muy considerable para aquella época, no alcanzaba á cubrir los gastos, se tomaron nuevos subsidios de sugetos ricos, asegurándoles sus créditos con hipoteca del real patrimonio; y como todavía faltasen fondos en el tesoro, la reina por último recurso empeñó las joyas de la corona y las de su adorno particular á los mercaderes de Barcelona y de Valencia por las cantidades que quisieron adelantarle sobre aquellas prendas<sup>16</sup>. Tantos fueron los esfuerzos que hizo esta mujer admirable para la prosecucion de su patriótica empresa. Los extraordinarios resultados que llegó á obtener no tanto deben atribuirse á la autoridad de su elevado rango, cuanto á la confianza absoluta en su prudencia y virtud, que habia inspirado á la nacion, y que le aseguraba la mas pronta y cordial cooperacion de todas las clases para todas sus empresas. El imperio que de este modo ejercia era mucho mas poderoso que el que puede conferir el cargo ó dignidad mas alta y aun despótica, porque reinaba sobre los corazones.

A pesar del vigor con que se seguia el sitio, Baza no daba ninguna señal de rendirse. Verdad es que la guarnicion se habia disminuido

epíst. 73.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 116.

16 Pulgar, Reyes Católicos, cap. 118.—Archivo de Simancas, citado en las Mem. de la Acad. de la Hist., t. VI, p. 311.

La ciudad de Valencia prestó 35.000 florines sobre la corona y 20.000 sobre un collar de rubíes, que no se redimieron completamente hasta el año 1495. El señor Clemencin dió un catálogo de

las alhajas reales (V. las Mem. de la Acad. de la Hist., t. VI, Ilustracion 6), que parece fueron extraordinariamente ricas y numerosas para una época anterior al descubrimiento de los países cuyas minas han provisto posteriormente de joyas á la Europa. Isabel daba sin embargo tan poco valor á semejantes cosas, que se desprendió de la mayor parte de ellas en favor de sus hijas.

CAP. XIV.  
Energía de  
Isabel.

Patrióticos sa-  
crificios que  
hizo.

Resolucion de  
los sitiados.



mucho, y que las municiones casi estaban consumidas; pero aun tenían en la ciudad abundancia de víveres, y no se manifestaba en el pueblo ninguna señal de desaliento. Hasta las mujeres de la población, con un entusiasmo parecido al de las matronas de la antigua Cartago, dieron generosamente sus joyas, brazaletes, collares y otros adornos personales, que las damas moriscas tenían en mucha estima para pagar los salarios á los soldados mercenarios.

Entre tanto el real de los sitiadores padecía y se aminoraba en estre mo, ya por las enfermedades, ya por la espada del enemigo. Muchos, llenos de desaliento por aquellos peligros y fatigas, que parecían no tener fin, hubieran querido abandonar el campo aun en aquel último momento, é instaban con ansia porque se presentara la reina en el real, con la esperanza de que ella misma aconsejara esta medida, viendo sus penalidades: otros, y eran la mayor parte, deseaban vivamente la venida de la reina para que activase las operaciones y se llevara pronto el sitio á feliz remate. Parece que en su presencia había una virtud que por una razón ú otra hacía que todos desearan con ansia su venida.

Isabel se presenta en el real.

Cediendo pues al deseo general, á 7 de Noviembre llegó Isabel delante del campamento, acompañada de la infanta su hija, del cardenal de España, de su amiga la marquesa de Moya y de otras damas de su corte. Los habitantes de Baza, dice Bernaldez, coronaron las almenas y los miradores para ver aquella lucida comitiva cuando atravesaba las colinas de las montañas, en medio de banderas desplegadas y de los himnos marciales de las músicas, al mismo tiempo que los caballeros españoles salieron en un cuerpo numeroso á recibir á su adorada reina y á darle la mas alegre bienvenida. "Llegó, dice Pedro Mártir, rodeada de un coro de ninfas, como si fuera para celebrar las bodas de su hija, y su presencia al punto nos llenó de alegría y reanimó nuestros espíritus, que desfallecían bajo el peso de los continuados peligros, vigiliass y fatigas." Otro escritor, que tambien estuvo presente, refiere que desde aquel momento de la venida de la reina, parece que la escena se cambió completamente. No hubo ya ninguna de aquellas terribles escaramuzas que antes ocurrían todos los dias; ni se oyeron disparos de la artillería, ni ruido de armas, ni de guerra, sino que todo parecia hallarse dispuesto á la reconciliación y á la paz<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 92.—Pulgar, Reyes Católicos, cap.

Los moros probablemente creyeron que la presencia de Isabel era prueba de que el ejército cristiano no levantaria el campo mientras no se rindiera la ciudad, y así las esperanzas que antes tuvieron de alejar á los sitiadores quedaron desvanecidas. En su consecuencia vemos que á los pocos dias de la llegada de la reina llamaron á parlamento para ajustar las condiciones de la capitulación.

Al tercer dia de su llegada, Isabel pasó revista al ejército formado en orden de batalla en la caída de los montes de la parte de poniente, despues de lo cual pasó á reconocer la plaza, acompañada del rey y del cardenal de España, y de una brillante escolta de caballeros españoles. En el mismo dia se abrieron tratos con el enemigo por medio del comendador de Leon, y se estipuló un armisticio por el tiempo necesario para informar al viejo monarca el Zagal, que entonces se hallaba en Guadix, de la verdadera situación de los sitiados, y recibir su respuesta é instrucciones sobre lo que debieran hacer.

El alcaide de Baza hizo presente á su señor el abatido estado á que se veía reducida la guarnición por la mortandad y por la falta de municiones, pero que sin embargo tenía tal confianza en el buen espíritu y esfuerzo de sus gentes, que todavía se comprometía á sostenerse por algun tiempo, si se le diera alguna fundada esperanza de socorrerle; que de lo contrario el hacerlo seria derramar sangre inútilmente, y privarse de las ventajas que esta situación le daba para obligar al enemigo á concederle una capitulación honrosa. El príncipe musulman, vista esta razonable representación, reconoció la lealtad de su valiente primo Cidi Yahye, y alabó su briosa defensa; y manifestando la imposibilidad en que se hallaba de socorrerle, le autorizó para capitular con las mejores condiciones que pudiera obtener para sí y para la guarnición<sup>18</sup>.

El deseo que ambas partes tenían de poner fin á aquellas prolongadas hostilidades, infundió á unos y otros un espíritu de moderación, que facilitó en gran manera el ajuste de los pactos. Fernando no mantuvo aquella dura arrogancia con que señaló su conducta con-

120, 121.—Ferrerías, Hist. d'Espagne, epíst. 80.—Conde, Dominación de los árabes, t. III, p. 242.—Carvajal, Anales, MS., año 1489.—Cardonne, Hist. d'Afrique et d'Espagne, t. III, p. 305.

CAP. XIV.

Armisticio.

Rendición de Baza.

Condiciones de la capitulación.